

GABRIEL PUIG RODA

El pintor de los mágicos tipos populares



Si algo distingue en su aureola humana al pintor Gabriel Puig Roda es su apego a la tierra donde nació, su amor insobornable a Tírig, donde están sus raíces. Los historiadores de arte Antonio Gascó y Gonzalo Puerto, entre los que han publicado perfiles de su vida y de su obra, también Felipe Garín, Eduardo Codina o el mismo Juan Bautista Porcar, afirman que Puig Roda está considerado como el más importante de los pintores castellonenses del último cuarto de siglo XIX y principios del XX.

Su obra pictórica es amplia, generosa en el color sobre un dibujo académico y de pulcros matices. Y sus tipos populares, con sus vestidos deslumbrantes, diría que de fiesta, tienen la magia de hacernos recordar a quienes descendemos de los pueblos o monta-

ñas del interior, a seres humanos muy próximos. Mis días de infancia en Culla, mis apegos a Benassal y Albocàsser están llenos de tipos populares como los que pintaba Puig Roda, que nunca dejó de tener presente a su tiempo de Tírig cuando se enfrentaba al lienzo en blanco, iluminada su paleta de todos los colores del arco iris, además de los que iba *inventando* para que subiéramos al carrusel de su feria de colores.

Sin perder nunca el pelo de la dehesa de su modesto lugar de nacimiento, pudo y supo adaptarse con naturalidad a sus años de alumno de bellas artes de las escuelas de San Carlos y San Fernando y, sobre todo, a su tiempo de ensoñación en Roma, donde alcanzó su plenitud pictórica y desde donde pudo recorrer ciudades y museos de Italia y

Nacido en Tírig y becado por la Diputación Provincial, completó su formación en Roma y hay en el Museu del Camí la Mar una representación de su obra, con escenas costumbristas y sus mágicos tipos populares. Falleció en Vinaròs y tiene una calle a su nombre en Castellón, que nace en la avenida de Lidón.

vivir el embeleso del mar, ese mar que volvió a buscar en nuestra provincia hasta afincarse cerca de su orilla en Vinaròs en los años de madurez hasta su muerte, el 21 de noviembre de 1919.

LA VIDA

Hijo de Pascual Puig y Concepción Roda, nació Gabriel en Tírig el día 18 de marzo de 1865. Casa humilde, típicamente labriega en una villa a camino entre Benassal y Sant Mateu con parroquia perteneciente al distrito eclesiástico de Albocàsser. Dicen los libros de la época que Tírig tenía en su entorno buenos caminos de carruaje y herradura, con calles bien trazadas y muchas viviendas de dos pisos y algunas de tres. En sus campos, buenas cosechas de trigo y de vinos, de higos y legumbres.

Me cuenta el historiador Bernardo

Mundina que por aquellos pueblos había arraigadas costumbres religiosas, pero también leyendas de duendes y de brujas. Y que los mozos tenían la costumbre de tizar a trabucazos las fachadas de la casa de sus novias en las noches de despedida de solteros. Cargaban de pólvora y carbón los trabucos para que cada disparo manchara de negro las fachadas blanqueadas de antemano. Nuestro Puig Roda, siendo niño, competía con esos alardes llenando de dibujos y garabatos las tapias de los corrales y las fachadas de la población. Así se hizo pintor y así llamó la atención de sus padres primero y de sus maestros después, consultados médico y cura del pueblo, quienes emitieron el unánime veredicto de que el zagal tenía que estudiar. Muchas voluntades y empeños se movieron para que Gabrielito ingresara como aprendiz en un taller de abanicos de Valencia. Y a los 12 años ya lo matricularon en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos, donde destacó en las asignaturas de Dibujo del Natural, Colorido y Acuarela, al tiempo que se adaptó muy pronto al ambiente de una gran capital, donde tuvo ocasión de presenciar en directo las obras de los grandes maestros del dibujo y la pintura que le precedieron. Y tuvo la suerte de encontrar el patronazgo del ilustre Enrique Bosch, Barón de Casablanca, que fue no sólo su pri-

mer director comercial, sino que visitó personalmente a Vicente Ruiz Vila, presidente de la Diputación de Castellón, cuya institución concedió al joven artista una beca de estudio, con pensión de 750 pesetas anuales, dinero considerable en aquel 1880. Y allí se fraguó su futuro, premios académicos y menciones de honor en concursos. Otro protector, el Duque de Tetuán, avaló al artista y le libró del servicio militar para que mostrara sus progresos y su maestría en la pintura. También la Diputación colaboró para su ingreso en la academia de San Fernando de Madrid, aumentando las dotaciones económicas y propiciando su viaje de estudios a Roma, donde ya se consagró tanto en el óleo como en la acuarela como el gran pintor de su tiempo. Y entre el ir y venir, surgió la cordialísima relación con el castellonense Vicente Castell, con aprendizajes mútuos, uno del otro,

ambos siempre atentos a las corrientes pictóricas europeas, aunque nunca ajenos al color, la atmósfera y la hondura de lo *castellonero*. Contrajo matrimonio en Benassal el 26 de noviembre de 1903 con una chica de Tírig, María Josefa Alcácer Monterde, su musa desde entonces, además de amante esposa.

Los Hermanos Bou, especialmente Justo, fueron sus últimos representantes y aunque fue constante su vida en Barcelona bajo el influjo del maestro Fortuny y su interés por la difusión de los cuadros que iba pintando, Puig Roda eligió Vinaròs por su mar y por ser punto equidistante entre todos sus intereses. Y allí nacieron sus cuatro hijos, Josefa, Gabriel César, Laura y Telmo. Su gran donación a la Diputación hace unos años hizo posible que nuestro Museu se ilumine cada día con la estrella de las obras del muchacho de Tírig, el *poble de la raboseta sabuda*. ♦

MORELLA Y SANT MATEU

A finales del siglo XIX y principios del XX, hubo en las comarcas de Sant Mateu y Morella una hornada de sacerdotes estudiosos e inteligentes, muy cultos, entre los que hay que citar siempre a mossén Manuel Betí, ilustre personaje entre aquel grupo de notables que creó la Sociedad Castellonense de Cultura, en los años veinte.

Por otra parte, es aún fecunda y luminosa la huella del pintor Valentín Montoliu y de la familia de los famosos orfebres Santalínea. Y la aparición desde Tírig de Gabriel Puig Roda marca un vértice de altísimo nivel, que prestigia toda la comarca. Todavía es muy visitado el monumento erigido en su honor a la entrada de su pueblo natal.